

Una mirada a los riesgos subyacentes del crecimiento eclesial.

Abel García García.

Cita:

Abel García García (2011). *Una mirada a los riesgos subyacentes del crecimiento eclesial*. *Integralidad*, 4 (10), 40-54.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/abel.garcia.garcia/13>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pFRq/1dt>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. *Acta Académica* fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

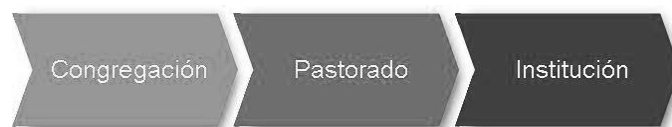
Una mirada a los riesgos subyacentes del crecimiento eclesial

Introducción

Si uno, en frío, piensa en el evangelicalismo peruano actual, sin apasionamientos ni complejos, alejando la emotividad y centrándose en lo objetivo del pensamiento analítico, puede encontrarse con inquietantes sorpresas. Por un lado, el crecimiento de las últimas décadas ha sido explosivo. Si suponemos que las tasas de crecimiento se mantienen por los próximos veinte años, es muy posible que el diez o quince por ciento que la iglesia evangélica ostenta hoy se haga tan grande hasta llegar a al punto en que su peso específico será igual al de la iglesia católica. Eso, de por sí, implica muchas cuestiones que representan un enorme reto para la iglesia.

Sin embargo, por otro lado, se encuentran muchos flancos abiertos. La iglesia crece pero a la vez uno encuentra, de forma más o menos generalizada, una iglesia atrapada por sus liderazgos, adicta a experiencias, hiperactiva, escapista y dependiente, poco educada, que está feliz cómo es, ciega a su propia condición y que a pesar de esos serios defectos no quiere cambiar: su liderazgo no está interesado en hacerlo. Esto, por supuesto, es un grandísimo riesgo que debe ser mitigado.

Para estudiar esto, en el siguiente artículo divido a la iglesia en tres componentes de análisis: la congregación, el pastorado y la institución, cada uno de ellos con sendas subclasificaciones. La congregación se mueve por la neoplasia, y el cortoplacismo; el pastorado por la indispensabilidad y la degeneración; la institución por la informalidad y la sacralización.



- Neoplasia
- Cortoplacismo
- Indispensabilidad
- Degeneración
- Informalidad
- Sacralización

Basado en ese esquema de análisis exploro parte de la realidad del evangelicalismo peruano, mostrando comportamientos negativos que pueden poner en riesgo la sanidad de la iglesia como un todo. A la vez, propongo ciertos lineamientos generales que pueden ayudar en el propósito de mitigar los riesgos inherentes al crecimiento de la iglesia y sus particulares características, centrado en lo obvio y fundamental: el **énfasis en una verdadera vida comunitaria**.

1. La congregación

1.1 La neoplasia¹

Es bien conocido que la principal medida de éxito de un pastor es el crecimiento numérico de la iglesia o grupo que dirige, aunque muchas veces esto se hace de forma irresponsable. Se busca llenar las iglesias de nuevos convertidos sin un soporte eficiente de líderes que permita a los neófitos crecer en la fe y conocer más de las verdades que la Biblia contiene. Interesa más las manos levantadas en un culto o la gente que asistió a un evento que el trabajo que

¹ Cf. Abel García García. "El crecimiento neoplásico o la perspectiva de la masividad". Revista Integralidad, edición 1. Lima: CEMAA, 2007. <http://www.cemaa.org/PDF/INTEGRALIDAD1.pdf> (09/10/11)

implica atenderlos a todos. De acuerdo, somos más, pero ¿cuántos se quedaron en el camino? ¿Cuánto costó? ¿Qué pasa con todos aquellos cristianos que llegaron primero y se ven abandonados porque se prioriza la conversión de nuevos creyentes? ¿Es este acaso el costo de la expansión, el dejar a los que tienen algunos años a la deriva de su propio impulso?

Todo crecimiento no es bueno. Puede obesidad o, mucho peor, una neoplasia invasora. Se ha pensado, a lo Macchiavello, que el fin justifica los medios. No importa si no tengo la capacidad de recibir a doscientos convertidos porque se cree que Dios proveerá lo necesario para atenderlos. ¿Tienen que crecer en la fe, tengo que atenderlos pastoralmente y no tengo recursos? No interesa, lo importante es crecer, el Espíritu Santo ya se encargará del resto, quizá nuestra misión sea solo plantar semillas. Además, lo fundamental es la conversión, porque con ella aseguramos la eternidad de la gente. Discipular es secundario. ¿Qué motiva ese crecimiento tan desordenado? ¿Podría ser el orgullo pastoral? ¿Captar fondos para alguna cosa en especial —no necesariamente enriquecimiento del clero— de matiz sacrosanto, como construir un templo, un colegio, un orfanato, un partido político? ¿Importa más la foto, la imagen, el ego? ¿Quizá es por el empuje de teologías subyacentes de énfasis proselitistas?

El versículo principal que sustenta esta actitud es Mateo 28:19, la Gran Comisión. Se asume que este último pasaje es una prescripción para ser obedecida, el cumplimiento de un mandato que Cristo dio a sus discípulos que nos compromete con la predicación del evangelio a todas las naciones de la tierra. Por lo tanto, si me ordenan hacer discípulos, entonces el crecimiento es la señal directa del buen desempeño. La evangelización ha sido entendida considerando al receptor del mensaje como parte de una multitud enorme y necesitada, lo que podríamos llamar **“perspectiva de la masividad”**. Probablemente tenga que ver con el término “a todas las naciones” y con la cosmovisión cristiana de perspectiva dual que hace una distinción entre los que se salvan por su decisión personal e individual, y la gran masa de perdidos que forman una unidad esencial:

sea donde estén y hagan lo que hagan, desde el punto de vista religioso irán al infierno, son todos de la misma condición. Por ello la estrategia de los colosales eventos en estadios, grandiosas campañas, conciertos que llenen el más grande coliseo de la ciudad, congresos enormes. Mientras tengamos más convertidos, mejor.

Esta misión de tipo masivo es vinculada directamente con la Gran Comisión, pero, ¿era la intención del autor del evangelio? En realidad, recién a partir de 1940 se empezó a considerar a Mateo 28:19 desde el punto de vista misionero². En la actualidad, la erudición está de acuerdo en que el contenido de todo el Evangelio apunta hacia estos versículos finales, pero no de la manera en que el evangelicalismo lo entiende. Se presume que Mateo perteneció a una comunidad judeocristiana que huyó de Judea antes de la guerra del 70 d.C para establecerse en una región mayormente gentil. Estos cristianos todavía participaban en la vida religiosa hebrea ya que aún no se entendían como un cuerpo separado de los judíos. Sin embargo, con la destrucción del templo de Jerusalén todo cambió ya que se disolvió el lazo entre ellos y la sinagoga, generándoles un hondo desconcierto. Mateo escribe su evangelio antes de la ruptura definitiva con la sinagoga, cuando su comunidad aún creía tener el derecho de ser vista como el verdadero Israel. Le escribe a su comunidad en colapso, aislada de sus raíces, con una identidad vapuleada, necesitada de orientación, temerosa ante el futuro. A pesar de las distintas tendencias dentro de la comunidad que iban desde el legalismo extremo basado en la Ley al espíritu como agente de milagros, Mateo no maquilla las diferencias sino que va más allá, preparando el camino para la reconciliación, el perdón y el amor mutuo dentro de su comunidad. Les ofrecía una salida a la crisis.

Mateo, al parecer, plantea como única manera de salir de la confusión y el conflicto que los aqueja el unir esfuerzos para emprender una misión entre los gentiles con los que conviven. Esto último es sumamente revelador: **Mateo**

² Bosch, David. “Misión en Transformación: Cambio de paradigma en la teología de la misión”. Libros Desafío: Grand Rapids, Michigan. 2000. Pag. 82-83. Las ideas posteriores provienen de este autor.

quiere mostrarle a su comunidad en trance una visión nueva que consiste en abandonar el encierro en sí mismos y en el judaísmo, para ver el amplio horizonte de la gentilidad como campo de misión, de identidad. Mateo no quiere hablar de masa, simplemente desea que sus lectores cambien su mirada, desde dentro hacia fuera. “Ir a todas las naciones” no es un llamado de multitudes: es el reto a para un grupo de gente acostumbrada a implosionar constantemente. Por lo tanto, la Gran Comisión no nos da pautas sobre el cómo hacer misión, sino simplemente sobre el dónde: más allá de nosotros mismos. No justifica una conquista del mundo, solo un viraje de rumbo.

Sin embargo, el crecimiento neoplásico domina hoy en toda Latinoamérica. El modelo tiene características propias y exige una serie de elementos para que pueda funcionar adecuadamente. Como en las empresas, requiere metas exigentes que demandan mucho esfuerzo: en el mundo laboral se trabaja hasta tarde, se viene hasta sábados y domingos con tal de salir bien en la foto de fin de mes, pero en la iglesia es algo distinto, el matiz es otro. Concretamente, el modelo de crecimiento neoplásico exige involucrarnos de lleno en el objetivo del crecimiento, que demanda muchísimas actividades. Una característica importante de la vida evangélica es precisamente su activismo feroz dentro del templo. Intenso, muchas veces atractivo, emotivo en ocasiones, también divertido con frecuencia. El activismo exige mucho tiempo de los miembros de las iglesias, por lo que **la hiperactividad es regla en la iglesia.**

Para reflejar un poco más esto, haré un ejercicio simple. Me pregunto: ¿Cuánto tiempo a la semana pasa un evangélico promedio en la iglesia? ¿Podemos medir esto? Claro que sí; basta con un sencillo cálculo donde sumemos el tiempo destinado en nuestras agendas para la iglesia. Como todo modelo, contiene supuestos que pueden ser rebatidos, pero a mi entender son bastante razonables.

La semana tiene 168 horas, de las cuales pasamos en sueño 56 (asumiendo 8 horas). El tiempo efectivo es, entonces, $168 - 56 = 112$ horas. En el trabajo pasamos 40 horas a la

semana; transportarnos hacia él serán unas 7.5 horas ($1.5 * 5$ días); el período de acicalamiento mañanero más el descanso de fin del día pueden tomar unas 12.5 horas ($2.5 * 5$ días). Esto nos da un total de 52 horas libres a la semana, que deben repartirse entre las múltiples actividades que tenemos como opción, como la familia, el deporte, la lectura, la televisión o las reuniones sociales.

¿Qué porcentaje de esas 52 horas consume un evangélico en su iglesia? Imaginemos una iglesia de dinamismo medio (no tiene actividades todos los días) y una persona líder que participa en dos ministerios (el que le corresponde por su edad y estado civil –adolescentes, jóvenes, jóvenes adultos, matrimonios, adulto mayor–, y uno extra –caballeros, damas, escuela dominical, alabanza, anfitrión–). El culto son dos horas, la academia bíblica son dos horas más, la reunión o célula del ministerio principal son dos horas, la reunión secular de afianzamiento de vínculos –si eres un líder que realmente hace su trabajo– usualmente sabatina demandan dos horas adicionales, los respectivos comités de actualización y logística son 1.5 horas, el ministerio extra 2.5 horas y actividades especiales (campañas, retiros, reuniones adicionales, consejerías) 1 hora a la semana. Dentro de este tiempo se incluye la actividad previa, como preparar temas, clases o el tiempo de llegada anticipada a la iglesia. En total tenemos 13 horas a la semana dentro de actividades eclesiales.

La matemática es bastante simple. 13 horas en las actividades entre 52 horas del total de tiempo libre dan un total de 0.25 o, si prefieren leerlo así, un evangélico líder consume 25% de su tiempo libre dentro de la iglesia. Es una proporción mayor a la del dinero que se suele entregar: 10% del diezmo más un 5% en promedio de ofrendas de los ingresos netos (aunque algunos pastores sostienen que debería ser de los ingresos brutos). Un notable 10% de diferencia. La cifra puede aumentar si nuestro modelo es cambiado. Podemos asumir que la persona trabaja mediodía del sábado (horas libres totales = 45h. Tiempo consumido = 28.9%), o todo el sábado (horas libres totales = 40h. Tiempo consumido = 32.5%). E inclusive ampliar nuestro horario de trabajo, y

el indicador superaría la barrera del 35%. Pero siendo conservadores, una cifra de 25% resulta más que adecuada.

El problema es que implícitamente se sugiere que a más ratio, más santos somos. En otras palabras, mientras más involucrados estemos en actividades en la iglesia, mientras más ministerios tengamos, mientras vayamos a más reuniones de oración, a más cultos, a más congresos, nos vinculemos en lo más posible, seremos mejores cristianos. Se cree esto porque como el mundo es pecaminoso, le pertenece al diablo y va camino a la destrucción. Por lo tanto, no vale la pena involucrarse en él más que lo mínimo necesario —el trabajo usualmente es este mínimo— por lo que todo puede y debe realizarse dentro del templo, llenado las agendas de los feligreses de actividades (“¿Por qué hacer tesoros en la tierra si todo es corruptible? ¡Hay que hacer tesoros en el cielo!”). ¿Puede el activismo reemplazar la esencia de la vida cristiana? ¿Los retiros, las células, las comisiones, los cursos pueden ser un sucedáneo del amor al prójimo o la comunión? A mi entender, no. **Pero es un grandísimo peligro tan igual como el legalismo o la falta de fe.** Y un asunto adicional es que muchos pastores incentivan eso al extremo de tener en su cabeza de forma inconsciente un indicador de madurez basado en el número de actividades realizadas.

La exigencia por el crecimiento viene del lado pastoral con su énfasis ministerial, explicando parcialmente el comportamiento de la gente que ocupa tanto de su tiempo libre en la iglesia. Hay otra causa que he observado con interés. Se origina en el propio laicado, y la denomino como la **“perspectiva de la adicción”**. Muchas iglesias tienen decenas de actividades al mes, y otras tienen cultos casi todos los días. Suele ser común en muchos eventos la manipulación emocional: remueven cosas del pasado, hay mucha emotividad y se forman conexiones intensas. Así se conectan y, con ese enganche, se entregan con pasión a las actividades de la iglesia. Se vuelven adictas al programa, al pastor que les dijo alguna frase bonita, a las lágrimas del retiro o del culto, al hablar en lenguas, a las caídas, a las sanidades, a las emociones a flor de piel. Se quedan porque quieren repetir lo vivido. Al solucionar

problemas puntuales gracias a la conversión se afianza aún más su adicción. Sin embargo, pronto se acabará el primer amor, se agota el interés porque acaban dándose cuenta que las actividades eclasiásticas se mueven en un escenario artificial, falso, sintético. Sin embargo, el activismo es fuerte y siempre llegarán personas nuevas que reemplazarán a las que se irán por el agotamiento de ese primer amor.

La neoplasia es, entonces, como una moneda. Cara es la perspectiva de la masividad que proviene de los pastores y requiere una hiperactividad grande por parte de los feligreses; sello es la perspectiva de la adicción que viene de los propios laicos, adictos a los programas, cultos, células, campañas evangelísticas, pastores. Tristemente ambas convergen y se complementan perfectamente. Ambas atrapan a clero y laicado, que no se dan cuenta de esa condición, aunque por las estructuras de poder el laicado es el vaso más frágil. Ambas quitan la libertad real, ambas reemplazan a la Biblia por empujes humanos que se alimentan de nuestras propias pasiones y deseos.



1.2 El cortoplacismo

El ciclo de la vida eclesial es más o menos definido para el grueso de la gente. Te conviertes, haces los cursos y ceremonias básicos, te evalúan, te involucras con intensidad en la obra; primero, solo asistiendo a células y reuniones de oración y estudio, pero

al poco tiempo el papel que jugaremos será más activo. Cuando llegas al liderazgo, las opciones de servicio son cortas porque normalmente no se fomenta las iniciativas individuales en favor de la “visión” del pastor al cual Dios, según ciertas doctrinas y creencias firmemente arraigadas en el imaginario popular evangélico, encomienda la dirección de la iglesia. Por ello, se trabaja en las actividades que se configuran bajo la tutela pastoral porque sentimos que así servimos a Dios y a nuestro prójimo. En otras palabras, es el pastorado quien decidirá qué iniciativas del laicado se llevarán a cabo: si no coinciden con las de ellos, simplemente no se harán, en favor de las iniciativas del clero. Como finalmente trabajaremos en lo que los pastores quieren, el “ministerio” se restringirá a casi siempre las mismas cosas: predicar semana a semana, ayudar en campañas evangelísticas, enseñar en la iglesia, visitar enfermos, hospedar predicadores o misioneros, según el particular énfasis que los pastores tengan por su trasfondo, formación o preferencias.

Como la iglesia se dominada por la neoplasia, este trabajo prioritario de los pastores estará dirigido a los nuevos convertidos. Toda la orientación será siembre de nivel básico, y a largo plazo el cristiano con años en la fe se aburrirá, tan igual nos cansamos de un trabajo que nos somete por largo tiempo. Llega un punto en que la iglesia se hace sumamente cansina, simple, incompleta. Agotará recitar las

cuatro leyes espirituales o predicar siempre sobre la regla de oro. No hay opciones para mayores profundizaciones. El discurso oficial deja de explicar nuestras experiencias personales como seguidores del Maestro. Existen iglesias en que la oferta de actividades es mucho más grande, es cierto, pero no es algo tan común.

Para profundizar un poco más en esto, definiré un pequeño modelo en el que divido al laicado evangélico en dos partes. Una desde una perspectiva genealógica y otra desde una perspectiva cronológica. La perspectiva genealógica divide a la iglesia dos partes: los cristianos de primera generación (1G), que se convirtieron por predicación directa, esfuerzos evangelísticos o por el medio que sea. Fueron los pioneros en sus familias o entornos, viniendo desde el catolicismo activo o nominal, o desde la indiferencia religiosa. La otra parte son los cristianos de segunda generación (2G), hijos de los cristianos 1G, que literalmente crecieron en la iglesia. La perspectiva cronológica también se divide en dos partes: los cristianos de primera edad (1E), que recién se han convertido o que tienen años en la iglesia pero sin el menor interés en comprometerse más intensamente, y los cristianos de segunda edad (2E), que tienen muchos años en la iglesia y han trabajado en diferentes ministerios.



La monotonía a largo plazo parece ser algo estructural se detecta en muchas congregaciones, como una práctica que se extiende como una epidemia por todas partes, invisible, imperceptible. Ante ello, me surgió la siguiente inquietante pregunta: **¿Por qué muchos cristianos de segunda generación (2G) y cristianos de la segunda edad (2E) sienten que la iglesia no tiene ninguna estrategia, programa o forma de acercamiento hacia ellos?** ¿Por qué sienten una desconexión? Definitivamente el hacer siempre lo mismo tiene una influencia, pero mi impresión era que existían razones más de fondo, más allá de lo meramente superficial.

Al exponer este dilema a un pastor amigo, él me comentó un punto de vista con el que estoy muy de acuerdo. Él decía que las iglesias no saben qué hacer con los cristianos de segunda generación (2G) y de segunda edad (2E), que hay cierto desconcierto por parte del liderazgo al pensar en qué hacer con ellos. Somos excelentes haciendo retiros, encuentros, campamentos, campañas evangelísticas. Nos preparamos para las dudas del recién convertido, sabemos qué hacer para trabajar en la restauración de un matrimonio o una familia cuando acaban de entregar su vida a Cristo, pero nadie se ha dedicado a pensar en la problemática del cristiano 2G y 2E. ¿Por qué la iglesia no sabe qué hacer con los cristianos 2G y 2E? Coincido con la explicación que me dio el mismo pastor amigo: **la iglesia es muy buena para evangelizar gente, para convertirla y prepararla en un primer estadio, excelente para el corto plazo, pero muy mala para después.** Yo lo pongo en otras palabras: **la iglesia privilegia la visión cortoplacista de la misión que, atada a la hiperactividad y la neoplasia, concentra los esfuerzos en predicar el cristianismo en desmedro de la profundización de la experiencia cristiana.** Predicar a todas las naciones es el núcleo de las actividades, la misión de cada cristiano por naturaleza. Todo es la pasión por las almas, el engorde, la neoplasia hiperactiva que busca crecer en la estadística del hoy, sin preocuparse en la vida de la iglesia en cinco o diez años, en quién dirigirá la iglesia en ese momento, en el liderazgo que sustentará las

actividades; **todo es el hoy, el presente, el cruel corto plazo.**



Cuando un cristiano “madura”, lo único que la iglesia le ofrece es continuar la visión cortoplacista pero desde arriba, como un maestro, consejero, o aportando a la obra. No existe más. No hay prédicas más profundas, énfasis en experiencias espirituales intensas o actividades para él, todo es crecimiento sin sustancia ni bases. La visión cortoplacista es el predominio de la iglesia en estado de “leche espiritual”. Por ello las iglesias siempre tienen los mismos conflictos y las mismas preguntas. Pasan los años y siguen con las interrogantes respecto al alcohol, el baile, las fiestas, los tatuajes o el cine, lo cual no es más que la representación de una inmadurez bastante profunda. ¿Qué pasará con esos cristianos en el largo plazo? Se irán. ¿A dónde? Algunos, a ninguna parte, otros, a otras iglesias.



Esto parece formar una secuencia a la que llamo el flujo del laicado en la iglesia local. Algunas personas llegan a una iglesia, se convierten, están en ella 10, 20 años, y luego salen en búsqueda de otras experiencias

debido, entre otras cosas, a su cansancio, sea en otras comunidades o en ninguna otra¹ (no deja de ser cristiano, recalco. Pasa a ser cristiano sin iglesia, un fenómeno mucho más común de lo que se piensa).

2. El pastorado

2.1 La indispensabilidad

Casi todo el mundo odia los monopolios. Que nos impongan el precio (esto es así por la especial condición de precio-decisor que poseen. Si soy el único que vende un bien, puedo cobrar un poco más), que estemos atados ante un mal servicio, que nos llenen de rodeos ante nuestros pedidos de explicación, que se apropien de parte del beneficio social que nos corresponde, es detestable. Ningún monopolio es popular, pero existen y, con frecuencia, su formación se hace inevitable, un mal necesario.

No es raro que una empresa sea la única que vende un producto sin que exista otro bien que se comporte como un sustituto cercano. Los economistas tenemos un consenso respecto a la causa fundamental del monopolio: no es más que el establecimiento de **barreras a la entrada**. ¿Qué significa esto? Que otras empresas no pueden competir con un monopolio debido a una serie de mecanismos que le impiden ingresar al mercado. ¿Por qué se da esto? A veces, un recurso clave es propiedad de una empresa, como ciertos componentes de los medicamentos o el código de un software especial. Puede pasar que los gobiernos permiten monopolios: recordemos a Telefónica con sus dos mil millones de dólares en 1992; a muchos la empresa ibérica no les gusta pero a pesar de todo trajo una expansión exponencial de la telefonía fija y celular en el país. En ocasiones, sin embargo, el surgimiento de monopolios es algo natural

¹ Una vez comentaron en una conferencia de la Fraternidad Teológica Latinoamericana respecto a que los jóvenes cristianos pentecostales profesionales en Chile están viviendo una migración lenta pero sostenida a denominaciones históricas, causada exclusivamente por su agotamiento en sus iglesias de origen por la inactividad.

debido a la propia naturaleza del negocio (la competencia encarecería la producción de los bienes). ¿Se imaginan tres compañías distribuidoras de agua? Nuestras calles serían un desorden total porque tendríamos tres sistemas de tuberías, una sobre la otra. Si el tráfico es espantoso hoy, ¿Cómo sería en ese escenario? Un cataclismo. Por eso, es mejor una sola compañía en situación monopólica: nos hace la vida más fácil.

El interés del monopolista es, por supuesto, mantener las barreras a la entrada para conservar su condición de precio-decisor. En otras industrias se trata de replicar este principio, limitando el acceso de otros competidores al mercado. Por ejemplo, no cualquiera puede entrar con éxito al mercado cervecero, sino recordemos los célebres conflictos entre Ambev y Backus por las botellas de tamaño estándar. Los grupos profesionales hacen lo mismo, sólo permitiendo ejercer sus profesiones si se está colegiado, certificado o si se tienen determinados títulos. Aquí en Perú, por ejemplo, un premio Nobel en Economía no podría enseñar, si así lo deseara, en un colegio público. Vargas Llosa no podría enseñar Literatura, Teófilo Cubillas no podría enseñar educación física, y Gustavo Gutiérrez no podría dictar un curso de Religión. Sólo pueden ser profesores los que tienen un diploma de pedagogía, sin importar si estudiaron en el instituto más mediocre del mundo o en la peor universidad. Cosa absurda, que no es más que el reflejo de las barreras a la entrada. Es un asunto de protección de intereses que no tiene que ser necesariamente negativo, aunque suele serlo. Con facilidad encontraremos las barreras a la entrada en muchos lugares. Basta con ser observadores.

Por ejemplo, el clero protestante ha creado sus barreras a la entrada particulares. Primero, habla de un teórico llamado del Espíritu Santo que debe ser sometido a discernimiento, claro está, auscultado por el mismo clero. Luego, delimita estrictas normas de conducta para los postulantes, con un período de observación (que usualmente coincide con la vida natural eclesial) donde otros pastores evalúan su comportamiento. En realidad el filtrado es necesario porque la posición pastoral es una

labor sensible, no apta para espíritus débiles o personas con problemas irresolutos. No es suficiente que sientas algo en el pecho que te llama a cambiar el mundo sino que se hace perentorio minimizar el riesgo de daños a los cristianos que se tendrán a cargo.

Lamentablemente, el clero en el Perú ha estado colando el mosquito y tratando el camello, permitiendo el acceso de personas con altos niveles de incompetencia y, lo que es peor, con serios problemas de personalidad que en ocasiones rayan en lo psiquiátrico. Como en el fondo eso se sabe, se invoca a la usual panacea (el Espíritu Santo, que les arreglará todo) y demonizan a la amenaza que pone en evidencia el problema (las ciencias sociales, pero en especial la psicología), llamándola inútil, de origen pecaminoso, humana y no divina. El clero jamás admitirá que una parte considerable de sus miembros tienen problemas psicológicos muy serios; pastores controladores, dominantes y manipuladores que adornan nuestro universo nacional. Problemas con el género opuesto, una distorsionada visión del sexo, serios problemas de autoestima, profundos complejos, actitudes mesiánicas, afán por el control, tendencias a espiritualizarlo todo, u otras patologías que el trabajo pastoral profundiza con los años. Sin embargo, jamás aceptarán exámenes psicológicos, y mucho menos psicoterapias para los ungidos. Se considera una afrenta, una falta de fe al poder transformador del Espíritu Santo. Aclaro que no niego la labor de la tercera persona de la Trinidad, pero sí creo que el Espíritu no arreglará todo: la libertad que Dios nos ha regalado también se aplica aquí; la sociedad con Dios que él ha definido hace que él no repare todos los problemas, sino que opte por colaborar con nosotros en el largo proceso de superación de conflictos internos. Hay cosas que deben arreglarse de otras maneras, y lo mejor que disponemos por ahora es la psicología hasta nuevo aviso o el surgimiento de una nueva ciencia.

Los pastores crean su propia barrera a la entrada para eliminar cualquier vestigio de competencia en su contra y encuentran en la Biblia un argumento para convertir a su función en algo imprescindible. Sólo ellos y nadie más

integralidad

que él podía realizar ese trabajo. Lo malo del asunto es que mucha gente en la iglesia lo siente de la misma manera. Un círculo vicioso difícil de romper. Además de eso, hay denominaciones (conozco el caso de una en particular) en la que se establece otra manera de establecer barreras a la entrada, más sutil pero más poderosa: establecer a los clérigos con la categoría de pastor vitalicio; en otras palabras, determina que un pastor que no será removido de su cargo hasta que él mismo lo decida². Esto es un problema, porque los pastores “vitalicios” se miran a sí mismo como alguien permanente, definitivo en la iglesia, no tiene incentivos a mejorar, a interesarse en verdad por la gente, a ser creativo, a intentar nuevas formas de hacer misión. Por lo tanto, como no necesita hacer algo porque nada lo sacará del puesto, porque nadie lo presiona, nadie lo objeta, todos temen confrontarlo, las cosas quedan igual, no se mueven, están paralizadas. Haces lo mismo por años, mientras otras iglesias han evolucionado, leyendo un tanto mejor los tiempos, aproximándose a la gente de maneras más efectivas e inteligentes. La obsolescencia se convierte en una característica del ministerio de muchos pastores.

Es que si nadie mide mi rendimiento, si nadie me saca de mi puesto, la similitud con un funcionario público aparece, se hace inevitable como una profecía auto cumplida. Y no vale la energía acumulada o la hiperactividad: se irá la creatividad, me aburguesaré, hundiendo a la iglesia en el tedio. Un tedio que agrega al que se crea por el cortoplacismo. Finalmente, la gente tendrá otro móvil por el que terminará yéndose a otros espacios más vitales.

² Mediante este curioso sistema, los pastores en la denominación pueden quedarse por largos años dirigiendo las congregaciones, probablemente hasta su jubilación o más aún. En lo personal, me parece una pésima política. Primero, porque la renovación es buena para el propio pastor, que no se oxida perdiendo energías, y buena para la congregación, que así evoluciona con las visiones y renovados aires de las nuevas personas. Segundo, porque evitamos el empantanamiento que nos hace insistir siempre con los modelos antiguos, que funcionaron una vez pero que probablemente se quedaron en el tiempo, en perspectivas añejas, no abriéndonos a lo que traen los nuevos desarrollos, las nuevas reflexiones teológicas, misiológicas y eclesiológicas

Y si la función es imprescindible, indispensable, si pocos escogidos la pueden hacer, ¿qué sentido tiene ceder poder a los laicos? Ninguno bajo ese esquema, por lo tanto, no lo hacen. Esto deja a la iglesia atrapada a la voluntad de unas pocas personas con poderosos incentivos al mantenimiento del statu-quo.

2.2 La degeneración

Cuando se compara al estudiante de seminario de primer año con su propia imagen tras dos décadas de experiencia podemos encontrar, con frecuencia, con un evidente declive. En los años añejos es común que domine la tendencia autócrata, persista una extrema espiritualización que condiciona la toma de decisiones a momentos cuasi-místicos o se imponga la manipulación con el fin de utilizar a la gente.

Existe una mutación del carácter intrínseco al proceso del envejecimiento, una secuencia degenerativa. El resultado puede esquematizarse en un perfil promedio de muchos pastores maduros de la cristiandad peruana:

(1) su afirmación de infalibilidad

(2) la nula aceptación de los propios errores por una gran soberbia con egolatría incluida

(3) un total convencimiento de que Dios les habla, privatizando el carisma que, para los temas importantes, solamente puede venir a través de ellos, los ungidos. Esta triada define la forma de liderar, muy común en el país.



Estas tres características se manifiestan en ciertos comportamientos que manifiestan una clara patología. Por ejemplo, los pastores se muestran, con frecuencia, a la distancia. Existe un paradigma pastoral que muchos aprenden y afianzan, que viene de mucho tiempo atrás: el pastor solemne, distanciado de la gente, casi sacerdotal, dueño del lugar santísimo. Aprenden comportamientos esperados por la microsociedad eclesial, lo que les hace poseer una especie **de carácter enmascarado**. Sobre esta máscara, se superponen cuatro cosas. **La primera, una gran necesidad de control** sobre la gente tan grande que es ya un vicio. ¿Por qué un líder religioso puede llegar a desarrollar este tipo de adicción? Son patologías que se manifiestan desde el principio de los ministerios. **La segunda es que el gremio pastoral se cree superior a los laicos**, una persona especial, *llamada*. La humildad no es algo que especialmente lo caracterice. ¿Los confrontan? ¿Alguien, fuera del gremio pastoral se atreve a corregir sus defectos? Suelen ser muy reacios a la crítica, y ante ella se ha configurado un argumento bíblico que clama por “no tocar al ungido” o que “el Espíritu Santo se encargará de corregir todas las deficiencias de la iglesia”. **La tercera es una fuerte tendencia a la espiritualización, que los convierte –en la práctica– en un oráculo**. Suelen afirmar que sus decisiones las toman luego de muchas reflexiones y largos momentos de oración. Sin embargo, cuando las experiencias místicas de los momentos de oración se convierten en el

validador de las decisiones, el dominio de la subjetividad se hace muy grande. ¿Habla Dios o habla mi yo? Por ello se hace perentoria la validación de los “mensajes”, y la manera más fácil de contrastar si realmente Dios habló es mediante los resultados al estilo del testeo de la voz profética (Deut. 18.21-22). **La cuarta característica es una tendencia a la manipulación a los miembros de la iglesia.** Percibo dos puntos en las prácticas manipulatorias, y la más evidente es el uso de las prédicas dominicales con fines distintos a los que menciona Orlando Costas³, cuando reflexiona sobre los caracteres de la homilética: teologal (el conocimiento de Dios como fin de nuestra predicación, más allá del simple evangelismo de primer nivel), cristológico (Cristo como eje debido a su papel de mediador de un nuevo pacto. Ver Hch. 8:5, 35; 9:20; 10:36, 1 Cor. 1:23, 2 Cor. 4:5), evangélico (se anuncia preeminentemente la actividad de Dios en Cristo a favor de la humanidad), antropológico (el hombre como receptor por excelencia del mensaje), eclesial (el contexto de la predicación es la iglesia y está íntimamente atada a la existencia y misión de ésta), escatológico (la predicación pertenece a los sucesos de los últimos tiempos –porque, por si acaso, ya en tiempos neotestamentarios se pensaba que se estaba en los postreros días. Ej. 1 Jn. 2:18– y confronta al hombre con sus realidades futuras), persuasivo (mediante la predicación se convence a los hombres de entregarse completamente al Señor), espiritual (es un acto testificante del Espíritu Santo) y litúrgico (la predicación unifica la adoración pública, hace contemporánea la victoria del evangelio y provee el tema del culto).

Predicar es una tarea de gran responsabilidad. La multiplicidad de aristas de la predicación se resalta cuando Santiago escribe que “nos nos hagamos muchos de nosotros maestros, porque recibiremos mayor condenación” (Sgo. 3:1). A pesar de lo delicado de la advertencia, puede pasar que a veces la experiencia nos juegue una mala pasada. Me explico. En economía existe un concepto llamado marginalidad. ¿Qué quiere decir? Imagina que eres una persona estás en un día de más de cuarenta grados de

calor y te mueres de sed. Buscas una Inca Cola. La primera te sabe a gloria, la mejor sensación del mundo, pero quizá la novena no la podamos beber. Esta es una forma de entender la marginalidad: la utilidad de los bienes consumidos disminuye gradualmente mientras sigamos consumiendo el bien, hasta que, quizá, en un momento se haga cero o incluso negativa.

La marginalidad se aplica al púlpito, la predicación y la experiencia de los pastores. Las primeras prédicas son serias y concienzudas, pero poco a poco esta emoción inicial se fue perdiendo, y luego de veinte años ya se está en piloto automático, movido por la inercia, por la degeneración. Ya no mira a Dios como antes, ha olvidado lo que la predicación es. **El sermón se ha vuelve seco, repetitivo, laxo, emocionante para el recién llegado pero árido para el cristiano con algo más de recorrido por el camino** de la fe que se conoce hasta las bromas que hará el pastor junto a la anécdota graciosa que cuenta (y tal vez el libro de donde las saca). Se perdió la brújula. **Quizá donde con más frecuencia se utiliza mal el púlpito es cuando se lo usa para presionar sobre el diezmo, asunto sumamente recurrente en los discursos pastorales.**

Todo es conclusión, todo está resuelto, no se permite la apertura de pensamiento, no se brindan opiniones discordantes, jamás se insinúa una diversidad de perspectivas. Por lo tanto, hace a la gente dependiente, convencida de que recibirán la verdad del pastorado como conducto preferente y exclusivo. Para hacer el circuito completo y cancelar la diversidad de perspectivas, no se quiere que la gente interactúe con hermanos o pastores de otras iglesias. El contacto con otras realidades podría “abrir los ojos” de algunos laicos o, al menos, generar cierto pensamiento crítico, una escandalosa “mala palabra” del fundamentalismo. Esto se quiere evitar privilegiando la mono-alimentación y fomentando la dependencia del laicado.

³ Costas, Orlando: “Comunicación por medio de la predicación”. Miami. Editorial Caribe. 1989



El resultado de esta patología será, inevitablemente, una iglesia enferma. Si alguien osa salirse de este esquema, está en serio peligro, Al principio, todo será excelente mientras te mantengas en regla, pero si un día objetas al clero y, como el clero está convencido de tener la razón –a veces, considera que las voces opositoras vienen del diablo–, eliminarán la disidencia en una especie de cruzada personal. El opositor se convierte en sarraceno jerosolimitano que debe ser expulsado de tierra santa a toda costa. El fin justificará los medios. La iglesia, en lugar de curar, destruirá.

3. La institución

3.1 La informalidad

Al igual que tantas otras organizaciones en Latinoamérica, las iglesias son profundamente informales. Suelen funcionar como sea, tratando de subsistir sin planificación ni visión de largo plazo. La mayoría de sus prácticas rozan lo irregular. Desde el lado económico, estilan no pagan beneficios sociales (como no los pagan las empresas informales), no provisionan para la jubilación (hermanos, Dios proveerá, y más si es para los llamados por Él), hay atrasos en los sueldos que, para peor,

suelen estar por debajo del salario mínimo aunque a veces están en el otro extremo. No hablemos del pago de impuestos municipales o gubernamentales, o los simples pagos de los servicios básicos, para los cuales hacen milagros. Las finanzas son un caos total, pero se presupone siempre la confianza en Jehová Jireh que entregará todo lo necesario. En ocasiones se teologiza, hablando de la falta de fe o, tal vez, de la doctrina de la prosperidad que han manipulado profundamente a miles de congregaciones, instruyéndolas a que den mucho dinero para que los laicos puedan ser ricos. Hay cosas tan anormales como las que – con relativa frecuencia- vive el personal adosado a una iglesia, como las secretarías, conserjes u otros. Para los pastores, al menos, podría crearse una base escritural neotestamentaria cuando se dice que “digno es el obrero de su salario”, tal cual lo escribió el apóstol Pablo. Los demás, en cambio, no tienen nada que extraer de la Biblia de manera explícita y, además, algo adicional les juega en contra: la lógica del “servicio”. ¿A qué me refiero? Que su salario se recategoriza y pasa al rubro de “ofrenda”, por lo que ningún beneficio les corresponde. Así, también, se justifica el pagar sueldos menores al mínimo establecido por ley. Realmente lo que hacen –a los ojos de esas iglesias- no es un trabajo tal cual lo harían en una empresa cualquiera. Es un servicio para Dios que tiene lugar en la iglesia local. ¿Visión errónea? Evidentemente. Por supuesto, así no es en todas partes, pero la práctica campea sin control. Son los derivados de la informalidad.

La natural tendencia a la autocracia pastoral, el orgullo y el control que sofocan el ambiente, hace que algunos se aprovechan de esta característica tan particular de nuestras sociedades, generando estructuras inequitativas que les brindan grandes beneficios. La fragilidad institucional y la informalidad permite a los autócratas, poco a poco, copar los espacios, arrebatando el control que los laicos podrían tener, para finalmente hacer sus propios feudos, amparados en una exégesis bíblica deficiente o en su propio temperamento. Lo que agrava todo es la necesidad de las masas latinoamericanas por un liderazgo fuerte, aplastante, que marque el camino y diga qué hacer. Una simbiosis perfecta que en las

iglesias junta a un roto con un descosido, unidos en la distorsión de la disfuncionalidad.

A los laicos de la iglesia se les suele decir que la iglesia no es una democracia sino una teocracia, soportada en el poder completo del gremio pastoral. El poder total agregado a la informalidad trae como resultado pequeñas *repúblicas bananeras*, casi al estilo del Otoño del Patriarca de García Márquez. **Puedo tomarme la libertad de hacer un símil eclesiológico y hablar de iglesias bananeras**, donde se hace lo que al líder se le da la gana, por encima de todo, y donde las normas y leyes han sido dadas o interpretadas a la medida. **Por ejemplo, suele ser pasmosa la falta de transparencia en la iglesia**, y esto es por lo endeble de las políticas, criterios y normas: son los pastores quien lo deciden todo. ¿Existe un estatuto de la iglesia local? ¿Está a disposición de los miembros? ¿Quién estableció el estatuto? ¿Estamos en la capacidad de cambiarlo? ¿Quién representa a los laicos? ¿Nadie? ¿Por qué es así? ¿Puede hacerse algo si un pastor se apodera de una iglesia local? ¿Puede hacerse algo si un grupo de pastores se apodera de una denominación? La respuesta siempre debe ser sí, aunque en la práctica no sea algo tan cierto. Todo funciona informalmente, al margen de leyes o normas, sin control, a merced de la(s) voluntad(es) de un(os) iluminado(s). Y ya se sabe que si se tiene todo el poder... el riesgo de corrupción se incrementa. Cuestiones irregulares ya se han dado, y algunos casos han salido a la luz en la prensa.

3.2 La sacralización⁴

Existe una tendencia al pensamiento homogéneo que se impone en muchas iglesias. **Con frecuencia no es posible disentir, no alentándose la confluencia de pareceres.** Es sorprendente porque ello va en contra de la propia realidad del texto bíblico. Con mucha frecuencia me escriben correos electrónicos o me dejan mensajes en mi blog distintas

personas que defienden la “verdad” bíblica, el cristianismo “centrado” en la Biblia, o se apoyan en afirmaciones muy ligeras que dicen algo así como que ellos son seguidores de Cristo y no seguidores de hombres, que seguirán las enseñanzas de Cristo en la Biblia, nada más. Todos han sido educados en las iglesias de manera rígida, excluyente, discriminadora. Ellos tienen la verdad y si tú tienes algo distinto por la razón que sea, significa que estás mal, en pecado, que ellos deben orar para que Dios te tenga misericordia. Como hijos de procesos educativos excluyentes, es natural que nunca hayan leído algo distinto a lo que su pobre teología les explica. Nunca se han planteado ciertas preguntas, y mucho menos saben de dónde surge el “cristianismo bíblico” que ellos defienden con uñas y dientes. No comprenden que su visión es una interpretación, como también existen tantas otras, que debe ser testeada para encontrar la relevancia de sus conclusiones. Su “cristianismo bíblico” es, probablemente, un cristianismo según Calvino, según Moody, según los fundamentalistas del sur de Estados Unidos, según Lutero, según Gustavo Gutierrez, según Darby. Ni cuenta se dan de eso. Si lo descubriesen, quizá realmente se habra una puerta a un dialogo vigente y pertinente con ellos.

Cuando los cristianos han querido establecerse y poner orden a su vida cristiana-eclesial, han desarrollado siempre diversos tipos de modelos. **Quizá no somos concientes en absoluto, pero la forma en la que hacemos las cosas en la iglesia fue concebida en algún momento por alguien que las estableció, luego las objetivó, y finalmente las congregaciones o instituciones las sacralizaron.** La ropa de los religiosos, la forma de la alabanza, la estructura del culto, la supeditación de un sermón a estrictas reglas homiléticas, la frecuencia y el modo de la Santa Cena, todo fue establecido en algún momento; pocas cosas en tiempos de la iglesia primitiva, mucho más en el transcurso de la historia. El desarrollo de modelos es algo absolutamente necesario, pero debemos siempre recordar que es precisamente eso, un modelo, que se hizo ayer y que mañana puede cambiar. ¿Te reúnes en células para afianzar la comunión? El

⁴ Dos párrafos de esta parte se extraen de Abel García García. “Los peligros de la iglesia de las mil caras”. Revista Integralidad, edición 4. Lima: CEMAA, 2009. <http://www.cemaa.org/PDF/INTEGRALIDAD4.pdf> (09/10/11)

modelo celular está bien documentado y tiene sus variantes, desde la distribución por grupos de edad, de género o de estado civil, hasta los grupos de familias completas, como en Corea. Ambas han funcionado en sus ambientes muy bien. ¿Prefieres iglesias multitudinarias? Pues bien. ¿Quieres cantar dos horas repitiendo la misma canción? Es tu elección, tu modelo aplicado. ¿Prefieres estructuras episcopales? ¿O congregacionales?

El problema, lamentablemente, es la sacralización del modelo. Son nuestras cabezas limitadas, orgullosas y obcecadas las que han confundido la expresión pura y libre de la comunión entre cristianos con los modelos eclesiales, y eso es un gravísimo error que arrastramos como un pesado lastre. Por lo tanto, si no participas en la comunión mediante el modelo, estás fuera, te estás “enfriando”, tu vida espiritual es puesta en duda. Tomás de Torquemada revive y te condena en el tribunal. Si osas ir en contra, como ya comenté, te espera la moledora de carne que te chancará sin piedad, expulsándote en el vacío de la nada y la decepción como si fueras vil desecho. Una de las peores cosas es ir en contra de los dictámenes del ungido, la cara visible del modelo.

La inquisición juzga a quien entiende la realidad de la iglesia de una forma distinta y trata de hacer las cosas de un modo diferente. Esta inquisición lo aparta y lo expulsa. No tolera el pensamiento heterogéneo, lo aborrece, lo vomita. El que reflexiona, el que piensa un poco tomando una decisión respecto a su participación en la iglesia y no sigue a los demás como borregos es subversivo. Esta inquisición es tradicionalista, temerosa, letrista, limitada en pensamiento porque no tiene la capacidad de dar el paso hacia adelante, quedándose siempre estática en el mismo punto, sin moverse. Pronto se hará como la estatua de sal de la mujer de Lot. ¿Es esta inquisición reflejo del amor de Dios? No es reflejo de este amor, sí de la limitada humanidad que cree tener siempre la razón. Lamentablemente, el resultado de esto son congregaciones llenas de hermanos oompaloompas: idénticos, resignados, tímidos, sumisos, obedientes, sin opiniones personales distintas a las establecidas. Todos, según ellos,

aspiran a tener el carácter de Cristo, pero yo en lo personal no encuentro la relación entre el carácter de un evangélico promedio y el Cristo de Lucas, por ejemplo. Por ningún sitio.

4. Liberándonos

¿Cómo nos libramos de estas patologías? Pienso que podemos combatir estas anomalías si nuestra praxis parte del seno de la comunidad⁵, de toda la gente unida que se compromete a avanzar paso a paso en la vida cristiana, apoyándose, siendo amigos, conociendo más el amor de Dios, madurando bíblicamente en pos de la santidad. Sin comunidad no hay cristianismo; sin comunidad hay sólo apatía y distorsiones. No en vano Jesucristo les dijo a sus discípulos que “donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos”. (Mt. 18:20, RV60) Es en el espacio vívido de la comunidad donde la presencia de Cristo se hace sólida porque mediante la vida en común (Hch. 2:42b) es que Dios nos permite conocerle mejor. Es así porque al vivir en comunidad replicamos el modelo trinitario. La trinidad del Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas independientes pero una completa al mismo tiempo, es nuestro ejemplo por excelencia de comunidad. Como la trinidad, nosotros somos varios pero a la vez podemos ser uno en el amor del Señor, preparados para disfrutar y enfrentar las alegrías y penas de la vida, juntos. El ejemplo trinitario de equidad, comunicación y amor incondicional nos impulsa a capturar el modelo que debe ser el norte de nuestra praxis de vida cristiana.

La vida en comunidad nos recuerda la entrega de Jesucristo al venir a la cruz para morir por nosotros, abandonando su dignidad divina a la diestra del Padre (Fil. 2:5-11). Esto nos habla del trato entre los miembros de la comunidad. Si el mismo Jesucristo se hizo como una persona humilde, nacida en un establo y crecida en un pueblo insignificante, ¿quiénes somos nosotros para manifestar actitudes de superioridad? ¿De mayor santidad por vano orgullo? ¿De soberbia? ¿De afán de control? ¿Porqué si Cristo fue de arriba hacia abajo

⁵ <http://teonomia.blogspot.com/2008/11/dinmicas-comunitarias.html> (05/11/2011)

(Divinidad-encarnación-pesebre-crucifixión) nosotros pretendemos ir de abajo hacia arriba (mundano-converso-líder-pastor-¿apóstol?) en nuestras propias relaciones en las iglesias? Por lo tanto, es en humildad que un miembro decide someterse a otro de manera voluntaria. ¿Qué implica este principio de humildad? **Primero, la igualdad absoluta entre todos los miembros sin importar nuestro cargo funcional en la iglesia. Segundo, el realce del sacerdocio de todos los creyentes y el hecho de que absolutamente todos tengamos que hacer la misión de Dios.** La suma de ambas nos trae una conclusión determinante: no existe la línea entre el laico y el pastor. No existe porque somos ontológicamente lo mismo; no existe porque todos somos iguales. Por lo tanto, no hay cabina a pretensiones controladoras ni son necesarias las máscaras, porque no existe imagen que proteger. **Tercero, la entrega de los miembros por su otro, por su hermano, en actitud permanente de servicio abnegado.** Pensar en lo mejor para el hermano, porque eso es lo que nos dijo el Señor y lo recalca, con otro énfasis, el apóstol Pablo (Mt. 22:39; Gal. 6:10). Con esto, no existe el considerar al laicado como objetos para usar.

Hacia adentro la comunidad, valga la redundancia, subsiste para hacer comunidad, hermandad, compañerismo, vida en común, koinonía. Hacia afuera la comunidad está para cumplir la misión que Dios nos ha puesto en la tierra. ¿Qué misión? La comunidad debe impulsarse activamente en una actitud solidaria con el mundo, comprendiendo lo mejor posible lo que sucede en la sociedad y estando prestos a dar, porque de esa manera podremos comprometernos con la idea de construir el reino de Dios en la tierra. Ese dar implica predicar el evangelio con firmeza pero a la vez estar presente en las vivencias de la gente, allá afuera, en sus actividades comunales y sociales, en sus fiestas y entierros, en los nacimientos y graduaciones, en la construcción de la plaza del pueblo o jugando el campeonato de fútbol del fin de semana. Aquí aprendemos a desarrollar la empatía en la mejor de las maneras. Aprendemos a soñar y reír con el otro, a comprender su alma, a amarlo de verdad. La insensibilidad pasa a

mejor vida, a consumirse en el lago de fuego y azufre.

Es en el seno de la comunidad donde se manifiesta el núcleo del poder. Nunca el control es cedido a una persona en exclusividad; ya se adelanta eso cuando se nos dice que nos sometamos los unos a los otros y nos explican el esquema de la autoridad esposo-esposa, hijo-padre, amo-esclavo, iglesia-Cristo. Por lo tanto, es la comunidad es quien debe validar cualquier mensaje llegado a algún miembro de su conjunto. En palabras coloquiales, *“uno no se las sabe todas”*. Ya no existe el sumo sacerdote. Si alguien tiene una visión-llamado-profecía-palabra-revelación, es la comunidad la que, en un espíritu de reverencia, debe contrastar si lo recibido viene de lo alto o de lo bajo, de las nubes o de nuestras tripas. Así evitamos espiritualismos vacíos, nos libramos de fiascos e invitamos a que el equilibrio se establezca entre nosotros. La comunidad como gobernadora cancela las inclinaciones controladoras porque desaparece el predominio de uno sobre los demás, pulverizando los alimentadores del orgullo, dejando en inanición a los adictos al control y permitiendo que el sacerdocio de todos los creyentes se manifieste en toda su extensión, logrando que la misión de Dios sea más pura, dirigida, abierta y hermanada. El equilibrio, tal cual se manifiesta en la trinidad, es quien dirige todo. No hay, entonces, pastores-oráculos, pastores-dictadores, pastores-gerentes. Nada de eso existiría. Allí está el fundamento de un nuevo modelo de iglesia: abierta, inclusiva, receptora y emisora del amor de Dios, predicadora de la real y absoluta libertad.

Lo escrito en los párrafos anteriores puede aterrizar de manera práctica, por ejemplo, en el flujo del laicado. ¿Cómo una iglesia local puede evitar la salida de cristianos experimentados que pueden aportar poderosamente en su propia congregación? Al cristiano 2G y 2E puedes retenerlo de dos maneras: cediéndole poder de decisión e incentivando un ambiente de creatividad profunda y fomento de sus iniciativas. Por lo tanto, se necesita alentar sus emprendimientos, involucrarlos en la misión de Dios desde la perspectiva integral, donde se entienda que uno trabaja con Dios no sólo con

diligencias “espirituales” sino que también se colabora con la Iglesia y la *missio dei* de otras maneras igual de reconciliadoras: con el medio ambiente, con uno mismo, con la sociedad. Cuando se presenta ese reto misiológico con total apertura a lo que el corazón de los laicos añoran, y se le acompaña de poder de decisión, rompemos el flujo del laicado de la iglesia local, y éstas conservarán su liderazgo por tiempos más largos, sentando los cimientos de iglesias más fuertes.

Nos olvidamos del corto plazo para adentrarnos en el horizonte del largo plazo, donde nos volvemos partícipes de la historia, contribuyendo a ella creando bases que preserven el cristianismo a través del tiempo, de la misma manera en que muchos cristianos lo han hecho en el pasado.

RETENCIÓN DEL CRISTIANO 2G Y 2E

PODER

Se hace imperiosa la necesidad de cederle al cristiano 2G y 2E mucho más poder de decisión.

CREATIVIDAD

Debe alentarse los emprendimientos laicos, creando un ambiente impulsor de la creatividad

En muchas iglesias, el flujo del laicado puede ser observado con facilidad; también puede percibirse un falso énfasis en perspectivas misiológicas integrales, frágiles ante el acento

evangelizador. Como dije antes, iniciativas de miembros de las iglesias mueren porque el clero no muestra el menor interés ya que no aportan a su proyecto particular, dejándolas fallecer al asignar la responsabilidades a personas poco preparadas; no hay interés el poder de decisión manifestaba un efecto inverso al ideal: la democratización en los templos con la entrega de control a los laicos brilla por su ausencia, concentrándose el poder en manos de los pastores, que con el tiempo toman decisiones en la iglesia más allá de las cuestiones ministeriales, inmiscuyéndose en cuestiones administrativas que podían resolverse mejor si se dejaban en manos de laicos profesionales, expertos y dispuestos a dar su tiempo de manera sacrificial con ese fin. Salarios, contratación de personal, decisiones de inversión. Todo pasa por ellos. ¿Puede saber más sobre cuestiones administrativas un pastor que apenas ha estudiado en un instituto bíblico sin valor oficial que, por ejemplo, un laico con un MBA? La respuesta es obvia.

El profuso crecimiento de la iglesia ha traído riesgos subyacentes que deben ser tratados con seriedad. Es un reto que la iglesia debe enfrentar con seriedad, humildad, y fe en Dios. Seriedad porque es la *missio dei*, humildad porque puede implicar que cambiemos nuestra manera de ver el ministerio cristiano, y fe porque sin Dios cualquier esfuerzo será vacío y tremendamente incompleto.

Sobre el autor

Abel García García estudió Ingeniería Económica (Universidad Nacional de Ingeniería, 2002), Misiología (Facultad Evangélica Orlando Costas, 2008) y cursa una maestría en Finanzas (ESAN, 2012). Labora como responsable de Riesgos de Mercado en un banco, y es profesor en dos universidades locales. Colabora con el CEMAA enseñando en la Facultad Orlando Costas y dirigiendo la revista Integralidad. Es miembro de la Fraternidad Teológica Latinoamericana. Desde su blog *Teonomía* escribe sobre —esencial aunque no exclusivamente— asuntos teológicos.